

Y estallando las cuerdas de mi lira
Roto tambien mi corazon estalle.

A LA MUERTE

DE TORRIJOS Y SUS COMPAÑEROS.

SONETO.

Hélos allí : junto á la mar bravía
Cadáveres están ¡ay! los que fueron
Honra del libre, y con su muerte dieron
Almas al cielo, á España nombradía.
Ansia de patria y libertad henchia
Sus nobles pechos que jamas temieron,
Y las costas de Málaga los vieron
Cual sol de gloria en desdichado día.
Españoles, llorad ; mas vuestro llanto
Lágrimas de dolor y sangre sean,
Sangre que ahogue á siervos y opresores,
Y los viles tiranos con espanto
Siempre delante amenazando vean
Alzarse sus espectros vengadores.

FRANCISCO ZEA.

INSPIRACION.

Dijo el incendio á la tormenta un día :
« Sígueme por doquiera ;
Yo iré soltando en la extension vacía
Mi roja cabellera.
Tiemble ese mundo ; en mis robustos hombros
Se asentará el infierno ;
Tiemble el olimpo ; ascenderé entre asombros
Al trono del Eterno !
Será mi manto su brillante alfombra,
Su asiento mi ancha llama,
Y su dosel mi pabellon de sombra
Que el viento desparrama.
Abarcaré el empireo, omnipotente,
Con mis tremendos brazos ;
Escararé el alcázar esplendente ;
Su cumbre haré pedazos.
Llamaré al aquilon ; sobre sus alas
Paseando el firmamento,
Del áureo campo las inmensas salas
Inundaré violento.
Y á la sangrienta luz de cien volcanes
Me agitaré bramando
El rayo irá ante mí ; los huracanes
Retumbarán soplando.
¿ Qué hará ese Dios cuando en revuelta nube

Que al septentrion ondea,
Vea al inferno que esplendente sube
Y sus falanges vea?
¿Qué hará ese Dios cuando con planta osada,
Ante el férreo palacio,
Huelle yo el orbe y la mansion sagrada
Bullendo en 'el espacio?
¿Qué hará ese Dios cuando del alta esfera
Se lance el sol hirviendo,
Y ardan con él en su valiente hoguera
Cielo y mundo cayendo?
¿Qué otra creacion á mi avidéz ferviente
Le ocultará escondido?
¿No podré alzarme y quebrantar su frente
Con hórrido estampido?
Hijo del negro bátrato, mi encono
Lúgubre al mundo aterra.
¡Voy á triunfar!—En mi llameante trono
Vendré sobre la tierra.
¡Voy á surcar relampagueando el viento,
Voy á incendiar los mares;
Voy á sorber al grande firmamento
Sus *pobres* luminares!
¿Dó tiende el mundo la cobarde planta
En su mortal desmayo
A la chispeante luz con que abrillanta
Mi torva frente el rayo?
¿Va á buscar á su Dios?—El torbellino
Su vuelta espalda azota,
¡Ay, que la hambrienta nube del destino
Ante sus ojos flotal!»
Oyólo Dios y, sosegando el vuelo
Sobre el radiante coro,
En voz solemne apostrofando al cielo,
Sonó la trompa de oro.

Juntó el celeste bando en las alturas,
Tronó el sagrado acento,
Y entre las sombras de Occidente impuras
Rodando alzóse el viento.
¿Quién eres tú que en colosal zumbido
Rugiendo te levantas
Y, cual torrente inmenso, embravecido
Te estrellas á mis plantas?
¿A dónde vas con tu murmullo eterno,
Con tu gigante espanto?
Tras tu sombra tenaz cruzó el inferno
Y se arrojó en tu manto.
¿Qué ignoto abismo te abortó en sus iras
Hoy que tremendo estallas?
¿Quién eres tú que traspasando giras
Obstáculos y vallas?
Mares de luz circundan tu cabeza
Con fuego destellante;
Para apagar su indómita braveza
Un soplo me es bastante.
¿Qué importa que en ardiente llamarada
La inmensidad ahondando,
Hasta el dintel de la inmortal morada
Te extiendas rebramando?
¿Qué importa que, trepando al firmamento,
Blandas la roja tea?
¿No soy yo tu Señor? Tu amarillento
Rayo mi sien clarea.
¡Sube, incendio voraz! Yo te contemplo.
¡Llega á mi en tu victoria!
¡Un paso más! Te colgaré en mi templo
Y alumbrarás mi gloria.
Amarrado á mi trono, eternamente
Serás de ella testigo;
Yo te unificaré á mi carro prepotente,

Te arrastraré conmigo.
¡Oh soberbio vasallo! ¿Quién te irrita?
¿Quién mueve así tu planta?
¿Qué asolador espíritu te agita
Y hasta mí te levanta?
¿Vas á abrasar un mundo en tu carrera?
¡Yo guardo al hombre inerme!
Un sol de paz inmenso reverbera
Y la tormenta duerme.
¡Tambien el hombre es rey! Yo le he sentado
Sobre un trono de flores.
¡Para él brilla esa luz! Yo he coronado
Su sien con sus albores.
Tú bajarás sobre su frente un día
De Dios con la venganza;
Irás hollando su cabeza impía
Del viento á la pujanza.
¡Te daré mi caballo de pelea,
Mi lanza y mis enojos!
¡Oh, y cómo va á temblar cuando en tí vea
La lumbré de mis ojos!
Yo arrastraré á tu espalda resonando
Mi fúlgida carroza,
Entre la ardiente nube resbalando
Que alba mi rostro emboza.
¡Ambos asentaremos sobre escombros
La planta turbulenta!
Irémos por doquier sembrando asombros
Al són de la tormenta.
Mas yo llamaré al hombre en mi justicia
Desde mi asiento eterno;
Lanzaré al orco la mortal malicia,
Sujetaré al infierno.
Bajo mi rico pabellon glorioso
El justo habrá morada;

Arrullará su cándido reposo
La brisa perfumada.
Lleno de etérea pompa y hermosura
Brotará inmenso un día,
Y poblarán los vientos de dulzura
Torrentes de armonía.»

AL EMBESTIR.

Cuando suelto la rienda á mi caballo
Y alas le pido al viento,
Salta la lumbré, y bajo el férreo callo
Retiembla el pavimento.
He roto ya una lanza en la muralla;
Con sangre el campo humea;
Ante el solemne horror de la batalla
Mi espada centellea.
¡Ladrad, canes, ladrad! Yo, en vuestra frente
Clavando el ancho escudo,
Al són del trueno, en mi alazan valiente,
Caeré con golpe rudo.
¡Paso! ¡Yo voy! ¡Ensordeciendo el monte
Retumbe mi amenaza!...
¿Veis?... ese sol, sangriento en su horizonte,
Relumbra en mi coraza.
¡Ay del que, al *aguijón* de su ardimiento,
El hierro, audaz, blanda,
Y, en pos del rayo, en su furor violento,
Se lanza en la pelea!
¡Yo basto á hundir la colosal muralla
Do su pendon tremola!...
¿No ha de cefirme el triunfo en la batalla
Con su brillante aureola?

La extensa faz con los escombros rota,
Recruje el ancha tierra.....
¡Guay! Ya á los vientos deslumbrando flota
Mi pabellon de guerra!

JOSÉ MARTINEZ MONROY.

EL GENIO.

Fulgente rayo de la luz divina,
Que de Dios en la mente soberana
Los cielos ilumina,
Hijo de la creacion, nací potente
En su vasto palacio,
Del mundo en la mañana;
Crecí ensanchando el infinito espacio,
Y levanté la inmarcesible frente,
Angusta ya, sobre la estirpe humana.
Volé por el Eden; y conduciendo
Las cintas de mi carro la fortuna,
Lancéme audaz, rompiendo
Las tinieblas del caos insondable,
Y el Éter impalpable
En que flotando se meció mi cuna.
Inmensos mares de movibles gasas
En torno de mi sólio refulgente
Informes se agruparon;
Polvo de estrellas anubló mi frente,

Y los rayos del sol me deslumbraron.
Mas las alas batí, las negras masas
Radiante separé; y adonde quiera
Que mi afanosa vista descubría
Otra luciente esfera,
Allí volaba yo: crucé la altura;
Brillando el cielo frente á mi veía,
El abismo á mis piés negro y profundo,
Y allá, á lo léjos, oscilando el mundo.
Yo vi al Eterno, con la esencia pura
De la edad que pasaba
Pirámides de siglos amasando;
Y en la cúspide yo, siempre yo estaba
Sobre el tiempo de ayer mi trono alzando.
Y mi voz resonó en las cavidades
De las vastas alturas,
Llamando sin cesar á las edades
Presentes y futuras,
Los siglos que vendrían.....
Y en monton acudían,
Cifiendo mi cabeza, á mi voz sola,
De indefinible y mágica aureola.
Vi las puertas del cielo
Rodar sobre sus ejes de diamante
Al sentirme pasar, y hollé triunfante
En mi carrera el primoroso velo
De rosas y de flores,
Que en mi color tñieron sus colores.
Con el rico tesoro
De mis hebras de oro,
Su dulce lira fabricó el Parnaso;
El eco de mi voz fué la armonía,
Y guirnaldas de nubes, á mi paso,
El coro de los ángeles tejía.
Y á los mundos bajé: vi las pasiones

Y los vicios bullir, salir brotando
De mil generaciones
Su fuego, en humo sin cesar tornando ;
Y en un punto radiante y luminoso,
Que más que todos á mis piés brillaba,
Vi un tropel de mortales, que afanoso,
Con ciega y torpe y vacilante mano
Entreabrir procuraba
De la ciencia el arcano,
De que tan sólo Dios tiene la llave,
Y donde el hombre penetrar no sabe.
Vi los pueblos nacer; vi las ciudades
Bordar de vida la desierta esfera,
Y al soplo creador de las edades
Elevarse fantásticas do quiera,
Sus alas de color desenvolviendo,
Y hácia mí sus palacios
Y sus doradas cúpulas tendiendo.
Sobre un trono de perlas y topacios
Vi también la virtud, célica y pura;
Y miré con pavora
Su manto de esplendor y poderío
Deshecho por el hombre en mil jirones,
Para ocultar el esqueleto frío
De las torpes y lánguidas pasiones.
Los pueblos y las razas que vinieron,
Llenas de juventud, de fuego henchidas,
Un tiempo por el orbe consumieron
Su existencia quimérica, ignorada ;
Y luego confundidas
Rodaron á la nada,
Y otras razas despues las sucedieron.
Y de ese torbellino impetuoso,
En que se agitan siempre las naciones,
Vi cien héroes salir, en sus bridas

Cruzar el mundo, recorrer la tierra
Al ronco són de guerra,
Y en la diestra el acero endurecido ;
Y les vi denodados,
Roto en chispas el viento
Al choque de la espada y al rugido
Del tronante cañon, en un momento
Los límites borrar de los estados.
Hubo un tiempo despues, que una mirada
Al dirigir fugaz de polo á polo,
Tan sólo vi la nada.....
¡Humo y tumbas tan sólo!....,
Algunos pocos hombres, que empujaban
Hácia el antro vacío
A los pesados siglos que pasaban ;
Y que despues, con loco desvario,
Con entusiasmo fiero,
En triunfo conducian
Al siglo venidero
En sus hombros robustos y esforzados,
E, insensatos, caian
Bajo el enorme peso sepultados.
Mas vi también á algunos elevarse
Con noble afán hácia el celeste velo,
Y mirarme y temblar ; les vi adornarse
De refulgentes galas,
Y en las brillantes y preciosas alas
Del arte y de la ciencia, alzarse al cielo,
Derramar sobre el mundo la belleza,
Y elevar victoriosos
Sobre los otros hombros su cabeza ;
Y yo, que los vi ansiosos
De la gloria esplendente
Que el talento inmortal siempre ambiciona,
Para ceñir su frente

Les arrojé un laurel de mi corona.

Vi los tronos alzarse, el orbe todo
Sembrarse de monarcas opulentos;
Más pronto derribarlos en el lodo
Vi á las generaciones;
Y luégo á las naciones
Miré esculpir sus sacrosantas leyes
En los rotos fragmentos
De las viejas estatuas de sus reyes.
Vi brotar religiones á millares
Que en el fondo del tiempo se formaron,
Y que luégo en magníficos altares
Los hombres adoraron
Con fanatismo ciego;
Y á la voz del Eterno
Las vi yacer precipitadas luégo
En miserable y torcedor infierno.
Con sus torres gigantes
Vi elevarse los templos soberanos,
Y plegarias y cánticos brillantes
Lanzar desde su seno los humanos;
Mas pronto vi tambien crecer la hiedra
En el ara olvidada
Escribiendo en el tiempo una arruinada
Pero terrible maldicion de piedra.
Vi las falsas deidades
Cruzar con la corona en la cabeza,
Al pasar las edades;
Llegó por fin de la verdad el dia
Y abati su grandeza,
Y mostré su quimérica valia,
Los altares rompiendo en mil pedazos;
Y en seguida las vi contra mi trono
Fulminar impotentes anatemas,
Y extender hácia mí con ciego encono

Los raquíuticos brazos,
Entre el polvo buscando sus diademas.
Hoy ya, por los espacios elevado,
Donde tiendo mi vuelo,
Del sempiterno Dios ante la alteza,
Por los genios del orbe rodeado,
En las gasas del cielo
Envolviendo mi fúlgida cabeza;
Mientras los mundos á mis piés rodando,
Empujados del tiempo, en sombra vana
Cual ténues ilusiones van pasando,
Esperaré á los mundos del mañana;
Y en imperioso tono
Sus leyes dictaré, desde el palacio
En que, oculto en los pliegos del espacio,
La diestra del Eterno alza mi trono.
Y si atrevido el hombre
Quiere seguir mis huellas
Y elevar hasta allá su pensamiento,
Encontrará mi esclarecido nombre
Bordado con estrellas
En el límpido azul del firmamento.

¡A SIRIA!

CANTO DEL GRIEGO.

Mirad. El sol que se eleva
De los mares del Oriente
Lleva impresas en la frente
Manchas de sangre. Mirad.
Y entre los pliegues el viento

Rueda el eco comprimido
De un gigantesco gemido
Que murmura : « ¡ Libertad ! »
¡ Al Oriente ! Ya mi espada
Quiero blandir, ya sacudo
El polvo del viejo escudo :
Venid, naciones, en pos ;
Que allí se derrumba un pueblo,
Cuya oscilante cabeza
Con inmutable fijeza
Señala el dedo de Dios.

Pueblo que dormido canta,
Atado á sus tradiciones
Con dorados eslabones
De molicie y de placer ;
Torvo cadáver, que arrastra
Por los mundos del olvido
Un sudario, guarnecido
Con los recuerdos de ayer.

El posó sobre el sepulcro
De Cristo su planta osada,
Rompiendo la noble espada
De nuestros padres al pié ;
El fabricó mis cadenas,
El atravesó los mares,
Para violar mis hogares,
Mi libertad y mi fe.

Mas él mirará temblando
Que al nacer el nuevo día,
La cruz en Santa Sofía
Mis hijos elevarán ;
Y buscará en el desierto
Con los ojos espantados
Los restos desparramados
De las hojas del Koran.

Ayer á ese pueblo altivo
Retó mi ardiente impaciencia,
Y un jiron de independencia
De sus manos arrancó :
Y hoy contemplo que sepulta
A mis hermanos sangrientos,
Bajo los rotos fragmentos
Del pacto que ayer firmó.

¡ Oh mengua ! Caballo, avanza
A vengar nuestro quebranto ;
El polvo del Asia es santo,
Y quiero aspirarlo ya.
Cruja el aire en la bandera :
Avanza, caballo, avanza ;
Que hasta el hierro de mi lanza
Ardiendo en rubor está.

Quiero besar las montañas
Que mis abuelos pisaron ;
Los templos que ellos alzaron
De hinojos saludaré ;
Y entre sus pardas ruinas
Resonará mi plegaria,
Y á su sombra solitaria
De mi afán descansaré.

Sangriento el Líbano arde
Al fuego del torpe crimen,
Las ásperas selvas gimen
Al eco de la impiedad :
Para lavar esa sangre,
Para apagar ese infierno,
Es necesario un eterno
Diluvio de libertad.

Hoy, al fin, de la justicia
Resuena la voz tremenda :
¡ Ay del pueblo que no atienda

La señal de la expiación!
¡A la Siria! Vén, Europa;
Que esas razas han dejado

Escritos de tu pasado
Muchos siglos de baldon.

Y aún infesta nuestros lindes
Su enorme cadáver yerto:
Arrastrémosle al desierto,
Y desde el desierto al mar:
No más tregua; que si el hombre
Ha de cumplir su destino,
Debe en su largo camino
Lidiar y siempre lidiar.

Alzad, naciones: la hora
Que tanto esperó mi anhelo,
Ha sonado ya en el cielo:
Dios me llama; Dios me ve.
Mañana estaré en el Asia,
Y, con la voz poderosa
De nuestro siglo, á la losa
De su tumba llamaré:

«¿Sofistéis, razas de Oriente,
Encadenar la conciencia?
Libertad á mi creencia,
Y á la vuestra libertad;
Luchemos, y que mañana
Derrame sus resplandores
Sobre un desierto de errores
La estatua de la verdad.»

Y, si caigo, habré acatado
La voz de la patria mía.
¿Perecerán algún día
Mi justicia y mi virtud?
¿Acaso no habrá un poeta
Que cante al mundo mi historia?

¡Qué importa! El sol de la gloria
Coronará mi ataud.

BERNARDO LOPEZ GARCÍA.

EL DOS DE MAYO.

Oigo, patria, tu afliccion,
Y escucho el triste concierto
Que forman tocando á muerto
La campana y el cañon.
Sobre tu invicto pendon
Miro flotantes crespones,
Y oigo alzarse á otras regiones
En estrofas funerarias,
De la iglesia las plegarias,
Y del arte las canciones.

Lloras porque te insultaron
Los que su amor te ofrecieron.....
¡A tí, á quien siempre temieron,
Porque tu gloria admiraron;
A tí, por quien se inclinaron
Los mundos de zona á zona;
A tí, soberbia matrona,
Que libre de extraño yugo,

No has tenido más verdugo
Que el peso de tu corona!.....

Doquiera la mente mía
Sus alas rápidas lleva,
Allí un sepulcro se eleva,
Cantando tu valentía;
Desde la cumbre bravía
Que el sol indio tornasola,
Hasta el Africa, que inmola
Sus hijos en torpe guerra,
¡No hay un puñado de tierra
Sin una tumba española!.....

Tembló el orbe á tus legiones,
Y de la espantada esfera
Sujetaron la carrera
Las garras de tus leones;
Nadie humilló tus pendones
Ni te arrancó la victoria;
Pues de tu gigante gloria
No cabe el rayo fecundo,
Ni en los ámbitos del mundo,
Ni en el libro de la historia.

Siempre en lucha desigual
Cantan tu invicta arrogancia,
Sagunto, Cádiz, Numancia,
Zaragoza y San Marcial;
En tu suelo virginal
No arraigan extraños fueros.....
Porque, indómitos y fieros,

Saben hacer tus vasallos
Frenos para sus caballos,
Con los cetros extranjeros.....

Y aún hubo en la tierra un hombre
Que osó profanar tu manto.....
¡Espacio falta á mi canto
Para maldecir su nombre!.....
Sin que el recuerdo me asombre,
Con ánsia abriré la historia;
Presta luz á mi memoria,
Y el mundo y la patria á coro
Oirán el himno sonoro
De tus recuerdos de gloria.

Aquel genio de ambicion
Que en su delirio profundo,
Cantando guerra, hizo al mundo
Sepulcro de su nacion,
Hirió al ibero leon
Ansiando á España regir;
Y no llegó á percibir,
Ebrio de orgullo y poder,
Que no puede esclavo ser
Pueblo que sabe morir.

¡Guerra! clamó ante el altar
El sacerdote con ira;
¡Guerra! repitió la lira
Con indómito cantar;
¡Guerra! gritó al despertar
El pueblo que al mundo aterra;

Y cuando en hispana tierra
Pasos extraños se oyeron,
Hasta las tumbas se abrieron
Gritando : ¡ Venganza y guerra !

La Virgen con patrio ardor,
Ansiosa salta del lecho ;
El niño bebe en el pecho
Odio á muerte al invasor ;
La madre mata su amor,
Y cuando calmado está,
Grita al hijo que se va :
« ¡ Pues que la patria lo quiere,
Lánzate al combate y muere,
Tu madre te vengará !..... »

Y suenan patrias canciones,
Cantando santos deberes ;
Y van roncas las mujeres
Empujando los cañones :
Al pié de libres pendones
El grito de patria zumba,
Y el rudo cañon retumba,
Y el vil invasor se aterra,
Y al suelo le falta tierra
Para cubrir tanta tumba.....

.....
Mártires de la lealtad,
Que del honor al arrullo
Fuisteis de la patria orgullo
Y honra de la humanidad.....

En la tumba descansad,
Que el valiente pueblo ibero
Juzga con rostro altanero,
Que hasta que España sucumba,
No pisará vuestra tumba
La planta del extranjero.

AL DIA DE DIFUNTOS.

CANTO.

I.

Silencio..... Las campanas.....
¡ Ay del hombre mortal ! ¡ Ay del doliente !
De la noche en el seno
Sin pena dormirá sueño tirano,
Y su entusiasmo ardiente,
Como lienzo fecundo
Que borra el tiempo con impura mano,
Se borrará del mundo.....
¡ Ah ! En el solemne dia
En que los muertos abren sus ciudades
Vacila la razon. ¡ Sombras humanas !
¡ Ilusion del placer ! ¡ Santo delirio
De un amor inmortal !..... ¡ Glorias del arte
Volad léjos de aquí..... Todo termina
Al borde del sepulcro ; loco empeño
Formará de la vida la quimera,
Por dejar una flor, una siquiera,
Sobre la leve realidad de un sueño.

Mentira es el placer; mentira el fuerte
Alto destino de la gloria humana;
¡Mentira la ilusión; verdad la muerte!
¡Torpe dolor! ¡Estéril amargura!.....
¿Por qué pensar al corazón que llora
Del hombre la continua desventura?
Sorda la tierra al ruego,
Mata la forma; despedaza fiera
La belleza del mundo sin sosiego.
Agentes de su cólera indomable
Son las materias, que en tropel inmundo
La cruzan por doquier; su boca impura,
Las tumbas nobles, miserables ó extrañas,
Que amenazando al ánima oprimida,
Esperan los escombros de la vida
Para nutrir con ellos sus entrañas.
El labio delicado,
La azul pupila inquieta,
El pecho de la hermosa, altar sagrado
Donde ofició el amor, la del poeta,
Libre cabeza, que con noble anhelo
Sintió latir la inspiración gloriosa,
Y se alzó poderosa,
Colon del arte, á descubrir el cielo,
Todo termina aquí. La madre tierra,
¡Ayl es la sola madre
Sin entrañas de amor; en vano un día
La cubrirá la primavera ufana
De flores y armonía;
En vano sus verdores
Dará á los prados, á las huertas frutos,
Purísimos colores
Al pálido rosál; en vano, en vano
Dará gentil rumor á la corriente,

Y aroma y luz al céfiro liviano:
Al pié de esa belleza
Vive la destrucción. Sordo usurero,
La tierra mata si á vivir empieza;
Asienta en los despojos
Su esfuerzo colosal; traga, devora,
Y cuando altiva en su poder se engríe,
Hipócrita y traidora,
¡Con jugo de sus víctimas sonríe!.....
Y la muerte también..... ¿Quién ha parado
Su carrera triunfal? Sobre ruinas
La ve el presente y la miró el pasado;
El inútil dolor no la contiene;
Atleta destructor, fiel mensajero,
Con porte á las orillas del profundo,
Continuamente se retira ó viene,
Secos sus ojos al dolor del mundo.....
En lucha con la vida
Trabaja sin cesar; el universo
Es su circo gigante; espectadores
De sus rudas hazañas,
Los que esperan morir: ¡madres! ¡hermanas!
No busquéis la piedad en sus entrañas,
Ni tendáis á sus huesos vuestras manos;
Esqueleto fatal, forma sin vida,
No escucha vuestra mísera tarea;
Y si llora la madre al hijo bueno,
Arrancando el cadáver de su seno,
El charco de sus lágrimas vadea.....

II.

Mas, ¿por qué ese dolor? En otros días,
Cuando el viento oreaba
La sangre de Jesús; cuando el Calvario,

Recordando divinas agonías,
Bajo la sombra de la cruz temblaba,
Yo vi al circo romano,
Arcada colosal, timbre del arte,
Vacilar en su altiva pesadumbre,
Al peso impuro del furor pagano :
Miré á la muchedumbre
Ebria de sangre ; percibí en la altura,
Bajo el arco del César, al soberbio
Pontífice y señor, símbolo vivo
De aquel pueblo sin fe ; lo vi arrogante
Sobre varas de lictores altivo
Despreciar á las tumbas, y opulento
Tender el cetro, que áun al orbe doma,
Sobre el circo sangriento
De la materia altar, templo de Roma,
Patíbulo brutal del pensamiento.
Vi á la señal terrible
La arena retemblar ; miré la puerta
Moverse, vacilar, girar incierta,
Y percibí espantado
La bárbara armonía
Que en el espacio ardiente se enlazaba
Del tigre, que á las turbas saludaba,
Y del pueblo que al tigre respondía.
Y..... allí, sola, en el seno
De la plebe romana,
Alta la frente, el corazón sereno ;
La túnica cristiana
Sobre el hombro robusto, y en los brazos
La imagen de Jesús, noble y tranquila,
Miré á la Fe : su santa cabellera
Flotaba al aire vagarosa y pura,
Cual si el ala del ángel la moviera ;
Asidos á su blanca vestidura

Los mártires cristianos,
¡Salém! gritaban en pujante coro,
Esperando el dulcísimo tesoro,
Con la oliva de amor entre las manos ;
Y las turbas hirvientes
Cantaban y rugían ;
Y Neron, ostentando la corona
De pontífice y dios, la alta cabeza
Levantaba en el circo ; y vacilaba
La columnata ruda
Del vasto Coliseo
Al continuo aplaudir ; y en tanto, humilde,
Excitando del pueblo el ansia fiera,
La Virgen del Señor se arrodillaba,
Se enclavaba en la cruz con alma entera,
Y su pecho divino,
Que la fiera mordía,
Palpitaba de amor, moviendo el lino
Que sus formas castísimas cubría.....
¡Cuadro consolador! ¡Lienzo sublime!
Deten, fantasma impío,
De la duda fatal tu voz potente ;
Ya el espíritu gime
Con tranquilo dolor, y el alma inquieta,
Rompiendo la terrena vestidura,
Se alza á Jesús con incansable vuelo ;
Desgarra la materia, al dolor doma,
Y arrollando á Palmira y á Sodoma,
Torna á Jerusalem, remonta al cielo.
La fe vuelve á lucir ; su luz me ayuda ;
¡Virgenes del Señor!..... ¡Santos atletas!
¡Columnas de la cruz!..... ¡Dulces cantores!...
Indómitos profetas
Cuyos plectros de oro
Templó en sus manos Dios!..... ¡Legisladores

Que disteis vuestras leyes
Al pueblo ungido que cruzó el desierto
Nutriendo con ilotas y con reyes
La estirpe de David!... ¡Arpas sonoras
De Daniel é Isaias!....
¡ Mártires sobrehumanos,
Que hicisteis, agitando las enseñás
De destinos fecundos,
Rodar los muros, palpar las peñas,
Temblar las aras y oscilar los mundos!
¡Sustentad ya mi fe!... ¡Que yo la mire
Romper en las conciencias
De la duda los bárbaros altares,
Y asentar en fortísimos pilares
La santa catedral de las creencias!
¡Que mi espíritu ciego
En claridad gloriosa se ilumine!
¡Que vacile la sombra al claro fuego,
Timbre de la verdad! ¡Que monte y río
Depongan su grandeza
Del amor al inmenso poderío!
¡Que la luz inmortal deje su rayo
Sobre la niebla inerte!
¡Que la divina idea
Domine al universo! ¡Que la muerte,
Tabor glorioso de los hombres seal

III.

¿Qué es la materia ya? Con fe y sin pena —
La destruccion admiro;
Pasto será de su brutal faena,
Y por morir suspiro....
Ni espigas ni colores
Nutrirá con mi fe; de mi amor santo

No brotarán ni líquenes ni flores :
Altivo en mi poder, ya la contemplo
Romper la forma con angusta calma.
¡El sepulcro es el templo
De donde nace el alma!....
Y la muerte, ¿qué es ya? ¡Madre amorosa,
Arca de libertad, fiel peregrino
De la Canaan dichosa
Donde la vid purísima, cargada
De racimos de amor, mece su tallo,
De Dios enamorada;
Mensajero del bien; pórtico augusto
De la eterna region; títan sombrío
De atlético poder, que audaz vadea
El piélago insondable
Que hay entre Dios y el hombre; dulce aurora
De paz y de alegría;
Límite del dolor que nos devora;
¡Mañana del saber, puerta del dial

Pequeño el mundo, dilatado el cielo,
Infinito el amor que tras la tumba
Sube al Eterno con potente vuelo,
La muerte no es verdad; en otras horas
Sus fúnebres regiones
Decoraba el dolor; la negra duda
Cruzaba sin piedad los panteones,
Y con fatal violencia
Las lágrimas del mundo
Rebosando, sin dique en la conciencia,
Ocultaban á Dios. Mas desde el día
En que la cruz triunfal, sobre los hombros
De la colina agreste alzó sus brazos
Por montes y por mares,
Trasformando en pirámides de escombros

Los ídolos de Roma y sus altares,
El dolor tiene fin; la tumba es fosa
De claridad divina; Dios al yugo
De la muerte cedió, sufrió su imperio,
La aceptó por verdugo;
Mas al alzarse del Eterno y Fuerte
Sobre el cadáver santo,
Para consuelo del amor y el llanto,
¡Enclavada en la cruz murió la muerte!....

IV.

Dejad que las campanas
Repitan su canción: ¡Niños, ancianos,
Huérfanos sin hogar, madres dolientes,
Que del dolor en las terribles sañas
Con lágrimas sin fin llorais al hijo
Que tuvo por altar vuestras entrañas!....
¡Empezad la oración!.... ¡Ese sonoro
Rumor triste del bronce; esa armonía,
Forma sentida del mundano lloro;
Ese gemido que el espacio llena
Y á Dios el eco de los mundos lanza,
No es acento de duda ó de rencores,
Que si llora en su voz nuestros dolores,
Acompaña también nuestra esperanza!....

GABRIEL GARCIA Y TASSARA.

ODAS.

Á NAPOLEON

EN LA TRASLACION DE SU CADÁVER DE SANTA
ELENA Á FRANCIA EN 1840.

Vuelve: tu sombra en el Océano impera;
No hay tempestad; el Océano calla;
El te conoce ya como si fuera
Tu bridon generoso de batalla.

¿No es éste el voto que elevaba al cielo
La voz de tu alma con su Dios á solas,
Allá en las noches de tu inmenso duelo,
Al solemne murmullo de las olas?

Vuelve, Napoleon; vuelve á esa Francia
Que tu ojo moribundo requería:
Ya, ya se pierde en la brumal distancia
La roca del martirio y la agonía.

Gime el viento si suena, la onda gime
Y el silencio otra vez. ¡Silencio y calma!
El mundo siente en su estupor sublime
La sublime presencia de tu alma.

¿Cuál són, empero, de repente agita
El velo que la mar cubre y el viento?
¿No la conoces tú? ¿Ya no palpita